



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

Día 29 de mayo a las 11:30 horas
Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

“Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,
QUERIDO PADRINO DE LA PROMOCIÓN, FRANCISCO BOTAS,
QUERIDA ALUMNA PILAR TABERNEIRO,
QUERIDAS FAMILIAS
VICERRECTORES ,DECANOS Y DIRECTORES,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORES Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Estamos hoy celebrando horas de estudio, trabajos entregados de madrugada, exámenes que se nos hacían imposibles, difíciles, cambios de rumbo, dudas, aprendizajes y también amistades, descubrimientos, momentos que posiblemente recordaréis todas vuestras vidas. Queridos graduados, enhorabuena. Como os decía Francisco, vuestro esfuerzo, vuestra perseverancia y vuestro compromiso os han traído hasta aquí. Esta ceremonia es testimonio de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos.

Recibir una formación en una institución como Comillas significa formar parte de una larga tradición educativa que, como todas las obras de la Compañía de Jesús, está profundamente arraigada en la realidad de cada lugar, en una ciudad, en un país, en una cultura concreta y, al mismo tiempo, está abierta a un horizonte global, a las necesidades y esperanzas de toda la humanidad. Nuestro deseo es que vuestro paso por la Universidad os haya ayudado a mirar el mundo con profundidad, con compasión y con sentido de responsabilidad.

Voy a recoger las palabras más repetidas en el discurso de Pilar y quiero también dar las gracias a quienes, muchas veces, viven esta grabación casi con la misma intensidad que vosotros: vuestras familias, quienes os han

sostenido cuando ni siquiera vosotros estabais seguros de poder llegar y se alegran ahora con vosotros. Y, además, como nos recordaban en el video, última mensualidad para todos ellas, para las familias, os pido ahora un fuerte aplauso.

Gracias también a los profesores e investigadores, que no solo transmitir conocimientos, sino que ayudáis a despertar en nuestros alumnos y alumnas preguntas importantes. Y también gracias al personal que hace posible la vida cotidiana de una Universidad: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, becas, aulas, plataformas tecnológicas, incidencias informáticas, mantenimiento y seguridad. Hoy es también su día, porque os han traído hasta aquí.

Lo que han hecho hoy por la mañana, al recibirlos, al colocar los coches, al traerlos aquí, al organizaros en la subida y bajada de las escaleras, es una expresión: Están aquí, y para los que no, si estáis teniendo una experiencia, experiencia hoy, espero que sea la de que nadie se gradúa solo. Ninguno habéis llegado solos hasta aquí. A veces la Universidad puede parecer una experiencia muy individual: mis notas, mi carrera, mi futuro. Pero, en realidad, toda vida humana es compartida. Aprendemos gracias a otros, crecemos gracias a otro, nos sostenemos en las dificultades gracias a otros; en realidad, nos hacemos unos a otros.

Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero, aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo, descubrimos quiénes somos gracias a que otros nos han mirado, gracias al cuidado y también a la exigencia de los demás. Incluso nuestra libertad depende de una red previa de afectos, instituciones y personas que hagan que hacen posible que crezcamos. Pensar que uno se puede construir completamente solo no es que sea falso, es que, además, hay peligro, porque produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias; produce sociedades donde todos compiten, pero pocos se sienten responsables; produce personas capaces de triunfar y, al

mismo tiempo, personas que son incapaces de pertenecer. Por eso, quizás, una Universidad jesuita entiende especialmente bien que la excelencia nunca es una aventura solitaria.

Dejadme hablaros de San Francisco Javier, uno de los Santos jesuitas más conocidos, uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, aquellos que se denominaron, al principio de la vida de la compañía, amigos en el señor. San Francisco Javier pasó gran parte de su vida viajando solo: cruzó océanos, aprendió lenguas desconocidas, llegó hasta los confines de Asia y murió lejos de su tierra, mirando hacia una China que anhelaba, pero que nunca llegó a pisar. Y, sin embargo, en todos estos viajes, San Francisco nunca se entendió a sí mismo como alguien aislado. Antes de partir, Ignacio y sus compañeros habían formado una comunidad tan profunda que Javier la llevaba consigo en forma de un recuerdo extraordinario. Tuvo la paciencia de recortar las firmas de las cartas de sus primeros compañeros, las metió en una cajita y la cosió en su sotana, al lado del corazón, como si quisiera recordar, en cada momento, en cada puerto desconocido, que, incluso cuando uno parece que está caminando solo, nunca deja de llevar consigo a quienes le dieron fuerza y sentido de pertenencia.

Esta también esperamos que sea una de las elecciones que os llevéis: para que nosotros hoy os graduáis en la Universidad, la vida os llevará lejos, a otras ciudades, otros trabajos, otros países. Tendréis responsabilidades nuevas y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero ojalá recordéis siempre esto: pertenecéis a una comunidad que os lleva inscrito en su corazón tanto como la lleváis vosotros en los vuestros. Con vosotros vais a llevar las voces de quienes sus educaron, el afecto de quienes caminaron a vuestro lado y el ejemplo de quienes creyeron en vosotros, incluso antes de que vosotros mismos lo hicierais.

Y, como nos decía Pilar, quizás el verdadero éxito no consiste simplemente en llegar lejos, sino en convertirlos, para otros, en esa misma clase de presencia que un día hizo posible vuestro propio camino.

Con frecuencia confundimos la excelencia humana con los resultados: un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento; o, a veces, la podemos entender como una exigencia permanente de superación, como la obligación de estar dando continuamente más. Ambas visiones de la excelencia no son las de una Universidad jesuita, porque la primera reduce la excelencia a la utilidad y al rendimiento y la segunda la convierte en una lógica de autoafirmación y perfeccionismo. Tampoco basta identificar la excelencia con un bienestar personal, un equilibrio emocional o habilidades relacionales. Todas estas cosas son importantes, pero la excelencia humana, tal como la entendemos nosotros, es más profunda y más exigente.

En la tradición universitaria jesuita hablamos de excelencia humana integral: formar la persona entera, inteligencia activa, afectividad, libertad, sentido ético, capacidad de relación y apertura a los demás. La formulación clásica, que también ha sido repetida en el video, lo resume muy bien: la encontraréis cuando vayáis por el mundo, en los casi 3000 colegios que tiene la Compañía de Jesús y sus más de 200 universidades, formar hombres y mujeres para los demás. La excelencia no se mide por lo que uno logra, sino para quién y para qué pone en juegos sus capacidades. Por supuesto que necesitamos competencia y rigor, y le agradecemos a vuestros profesores y profesoras que os hayan enseñado esto, porque sin competencia y sin rigor no podemos afrontar los problemas que el mundo tiene con seriedad. Pero la verdadera excelencia comienza cuando ese talento, talento, se convierte en servicio.

Ahora bien, si todos los que estamos aquí, de este lado, o vuestras familias piensan en este día, también sabemos que graduarse produce un cierto vértigo, porque fuera de aquí nadie os garantiza trayectorias lineales. Tendréis incertidumbres, errores, decisiones equivocadas, fracasos, y ojalá que os hayamos enseñado también que fracasar no se convierte en un fracaso. Vivimos en una cultura que premia mucho a la apariencia de seguridad, pero la vida adulta suele consistir más bien en aprender a avanzar sin garantías completas.

Hay una escena de la novela “Project hail Mery _ Proyecto Ave María “, que recientemente ha sido convertida en película, y que me parece especialmente iluminadora para un día como hoy. El protagonista Ryland Grace descubre que es la única persona capaz de embarcarse en una misión para salvar la humanidad y, cuando llega el momento decisivo, responde con absoluta honestidad: no soy suficientemente valiente. Y entonces recibe esta respuesta de la directora: nadie es suficientemente valiente para algo así, tendrás que encontrar por quién ser valiente. Las familias que forméis, las personas a las que cuidaréis, los alumnos a los que enseñaréis, las organizaciones que ayudaréis a transformar, las personas vulnerables cuya vida quizá cambie gracias a vuestro trabajo. El coraje rara vez nace de la ausencia de miedo, casi siempre nace del amor, de la responsabilidad y del compromiso.

Por eso, espero que vuestro paso por esta Universidad no os haya preparado solo para una profesión, sino también para ayudaros a hacer preguntas importantes: qué tipo de persona queréis ser, qué clase de sociedad queréis ayudar a construir, a quién servirá vuestro talento y vuestro trabajo. No tengáis miedo de implicaros, participar en todo lo que podáis, defender a los que no tienen voz, involucrados en vuestras comunidades, en asociaciones, en iniciativas sociales, en proyectos políticos honestos, en espacios de encuentro y reconciliación. El Mundo solo cambia cuando alguien decide dejar de ser espectador.

Sé también en algo que, a veces, nosotros pensamos, nuestra generación, que hemos fracasado: sed una generación capaz de tender puentes en una sociedad marcada por las divisiones y los discursos del miedo. Necesitamos personas como vosotros, que crean en el diálogo y en la riqueza de la diversidad. Vuestra formación nos ha dado herramientas para competir, pero espero que también nos hayamos enseñado a colaborar, a cuidar y a construir comunidad.

Como nos ha dicho Francisco botas, tenéis la suerte, además, de vivir en un momento extraordinario. En muy pocos años, la inteligencia artificial ha

ampliado enormemente nuestras capacidades: puede resumir libros, redactar textos, traducir, organizar información o ayudarnos a investigar con una rapidez impensable hace apenas 10 años. Sería absurdo negar la utilidad de la inteligencia artificial; bien utilizada es una gran herramienta. Pero una herramienta no sustituye una formación, del mismo modo que la velocidad de respuesta no sustituye al criterio ni la información sola sustituye a la sabiduría. El drama puede ser que produzca textos brillantes sin haber pensado realmente; uno puede sonar informado sin haber desarrollado una mirada propia sobre el mundo.

Como ya he dicho, estar bien preparado, ser competente, no solo consiste en generar resultados aceptables: consiste en ser personas capaces de buscar la verdad, de hacerse preguntas difíciles, de decidir, de asumir la responsabilidad de lo que se dice y lo que se hace. Hay tareas que ninguna máquina podrá hacer por vosotros: leer con atención, sostener una duda, juzgar entre argumentos contradictorios, formar criterio.

Nos recuerda León XIV, en la encíclica Magnífica Humanitas: la inteligencia artificial puede simplificar enormemente muchas tareas, pero la inteligencia artificial no posee cuerpo, no pasa por la alegría ni el dolor, no madura en las relaciones ni conocen desde dentro lo que significa el trabajo, el amor, la amistad y la responsabilidad. Las máquinas no tienen conciencia moral, no juzgan el bien y el mal, no captan el sentido último de las situaciones ni asumen el peso de las consecuencias. La tecnología, es cierto que puede suplir nuestras capacidades, pero no puede sustituir lo que somos: seres humanos con conciencia moral, con necesidad de discernir, con responsabilidad y en la búsqueda honesta de la verdad. Podremos tener más herramientas que nunca, pero el reto sigue siendo el mismo que tuvieron vuestros padres y madres y vuestros abuelos: no se trata de tener más, sino de ser más.

Más allá del uso de la inteligencia artificial, no debéis olvidar nunca que transformar El Mundo comienza por transformar la propia vida. Cada gesto de honestidad, cada decisión ética, cada acto de compasión, cada

compromiso con la verdad fortalece el tejido de nuestra sociedad y de vuestras comunidades. Como nos recordaba Pilar, esto no tiene atajos, requiere pensar, actuar con coherencia en cada pequeña o gran decisión. La misión de la Universidad, como recordaba el video al final, ha sido y es invitaros a que seáis vosotros mismos la esperanza que el mundo necesita, a que seáis vosotros buena noticia. La verdadera grandeza de una Universidad no se mide por sus rankings, por sus publicaciones o por la belleza de sus edificios: una universidad se mide, sobre todo, por la calidad humana de sus egresados.

A partir de ahí, a nosotros nos juzgará por lo que vosotros hagáis con vuestras vidas, por las vidas que transforméis, por la justicia que ayudéis a construir, por la honestidad con la que ejercéis el poder, por la compasión con la que miréis a los demás. La doctrina social de la Iglesia, que a veces estudiado con no poco esfuerzo de los profesores, de los cuales estamos ahora aquí dos, Pablo Guerrero y yo mismo, recuerda que la empresa, además de generar riqueza, es una auténtica Comunidad de personas, un lugar de encuentro, colaboración y desarrollo humano. Por eso, el éxito profesional no puede medirse por los resultados económicos esperados, sino también por la contribución que hagan a la dignidad de las personas, a la creación de oportunidades y al fortalecimiento de nuestras sociedades.

Os necesitamos: necesitamos mujeres y hombres capaces de unir inteligencia y conciencia, eficacia y responsabilidad, ambición grande y servicio. Nuestra aspiración en comillas ha sido esta: formar no solo excelentes profesionales, sino personas con una vocación que les permita descubrir qué necesita el mundo de vosotros y de poner vuestro talento a trabajar, porque el mejor líder, y todos, de una u otra manera, estamos llamados a ser líderes, no es únicamente el que sabe gestionar organizaciones complejas, sino el que orienta su trabajo hacia un propósito que haga crecer a las personas.

Para finalizar, quiero invitaros a volver a esta vuestra casa. Volved, no solo físicamente, sino también simbólicamente: volver a los valores que aquí aprendisteis, a las amistades que habéis tejido, a los ideales que aquí se sembrar. Llevad este recuerdo en vuestro corazón y en la mente, porque tener un lugar donde somos conocidos por nuestro nombre, donde tenemos historias personales, donde puedes reencontrarte, esto es uno de los dones más grandes de la vida.

Pero vuestro tiempo ahora no es el de volver. Dice la Biblia, en el Eclesiastés, que hay un tiempo para cada cosa, pues vuestro tiempo ahora es el de salir. Y vuestro tiempo hoy es que El Mundo os necesita.

Id con alegría, con confianza y, sobre todo, con corazones agradecidos. Que cada paso que deis sea una respuesta viva a todo el bien que habéis recibido.

Muchas gracias y ¡enhorabuena!